

Cuaderno N° 4

Jesús Urzagasti

Por boca de un pintor, boliviano también, se enteró de que su amigo Julián Tuercas se hallaba en París; anotó la dirección y fue a buscarlo. La propietaria del departamento, ubicado en el piso sexto del espacioso y moderno edificio, lo miró de pies a cabeza y le dijo que no tenía idea de quién era Julián Tuercas. Bajó las gradas, desengañado de que la fama de su amigo pintor no lo salvara de ser un ilustre desconocido en la capital francesa. Al borde de la pista, en las afueras de la Ciudad Luz, se defendía de la llovizna meditando en los años transcurridos y en la miseria de estar en un país europeo, "porque no hay razones para estar en otra parte" -como diría el autor de "El extranjero"-; sonrió mecánicamente y también como un autómatas giró sobre sus talones, para mirar por última vez el rascacielos que acababa de abandonar. En una de las habitaciones de la planta baja, que se destacaba por su luminosidad, creyó reconocer una silueta familiar, ocupada en trazar grandes líneas sobre un lienzo blanco; miró más a fondo y ya no le quedaron dudas de la identidad del artista, un viejo amigo de ojos azules. Luego de los abrazos, caminaron por las calles de París recordando lejanas épocas, como dos escolares entre la sonriente multitud, ajenos a los prostíbulos del Boulevard Sebastopol, conscientes sin embargo de la proximidad del nervio sensible, allí donde Tuercas a toda costa intentaría probar su inocencia. Sin que se le haya pedido, comenzó a demostrar que no era un delator y que los hechos habían ocurrido de otro modo. Salido de la noche europea, un policía argelino los consideró con recelo y les pidió la documentación. Julián, sobresaltado, le extendió una pobre libreta que lo acreditaba como un apátrida. Se acabó la caminata. Pero al día siguiente almorzaron y cenaron juntos, a manera de despedida: Tuercas acababa de llegar a París y el otro debía retornar inmediatamente a Latinoamérica. Vencido por la amistad y el silencio, el artista confesó que durante toda su militancia no hubo un instante de vacilación; cayó en una celada y tampoco dubitó. Pero cuando le mostraron las prendas ensagrentadas de su mujer y de su hijo, su fortaleza cedió y soltó lo que sabía, que por otra parte era un minúsculo dato de lo que conocían desde hace tiempo sus interrogadores. Lo que se quería era un delator. Su amigo estaba callado en quince idiomas y en silencio siguió el curso del relato, enriqueciendo su propia versión de lo que había acontecido recientemente en La Paz. Estaba impedido de ser el juez de nadie. No le llegó semejante tentación. No se le cruzó, felizmente, esa locura por la cabeza. Por el contrario, pensó que la intención de Julián Tuercas de retornar al continente de la esperanza y asumir su responsabilidad en las guerrillas colombianas era una estupidez, aunque de por medio estuviese el loable afán de reivindicación.

Se abstuvo de informarle que durante su permanencia en Ecuador un milagro lo salvó de ser asesinado. El hombre que viajó exclusivamente para matarlo, desde La Paz hasta Guayaquil, inexplicablemente no pudo cumplir su misión. Almorzó con él, con su esposa y su hijo; llegado el instante fatal, miró los ojos del pintor -celestes y curiosamente inocentes- y el dedo en el gatillo del revólver se negó a realizar lo encomendado. Recordó esas imágenes en una fracción de segundo, mirándolo en la Rue au Maire de París, antes de tenderle la mano, poco antes de irse meditando en un lejano encuentro, con Oliva de por medio, en la Avenida Busch de La Paz, ese tenso Germán que años después pondría fin a su vida, con un disparo de revólver, en su habitación de la enorme ciudad de Buenos Aires.

De "El País del silencio"

(Fragmento)

Jesús Urzagasti, poeta y escritor chaqueño. Ha publicado: Yerubia, "La colina que da al mar azul" poesía. "En el país del silencio", "Tirínea", "De la ventana al parque", novela. Entre otros